



El legado de Medellín

Personalización y solidaridad: un solo proceso

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES

Pedro Trigo, s.j.*

El autor propone el desglose ampliado de un estudio sobre el documento de Medellín desde una perspectiva concreta: que prescribe para la Iglesia lo mismo que propone para el continente

TRASCENDENCIA HISTÓRICA DE MEDELLÍN

Estamos celebrando los cincuenta años de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín, como recepción autorizada del Concilio Vaticano II.

Se puede afirmar sin temor a equivocarnos que la conferencia como acontecimiento y todo lo que desató y, desde luego, el documento, fue tan genuino y trascendente que en ella nació la Iglesia latinoamericana como unidad de visión, de inspiración y de camino.

Hasta entonces, desde su inicio y, sobre todo, en esos tiempos fundacionales, se habían dado muchos fermentos; pero, como tal, la Iglesia nunca se había expresado con tanta organicidad, nunca se había reconocido como un todo, nun-

El resultado fue, por una parte, el abandono del pueblo y, por otra, la pérdida de carisma de la institución eclesial, que se puso de espaldas al evangelio y a la historia y se encerró en el doctrinarismo y los ritos, adaptándose al orden establecido.

ca había discernido la situación con tanto acierto y nunca se había comprometido tan de veras en llevar adelante lo visto como de Dios.

De Medellín salieron muchos organismos, verdaderamente latinoamericanos, que llevaron adelante lo decidido con gran tesón y creatividad, implicando a muchos miles en llevar adelante esas directrices con ese espíritu. Pero, sobre todo, de ahí salieron los que han sido llamados con toda justicia los modernos Padres de la Iglesia Latinoamericana que encarnaron en sus diócesis los documentos que habían elaborado y aprobado¹.

También tomó cuerpo la Teología de la Liberación, expresión genuina de lo que ese acontecimiento entrañaba, que lo teorizó haciendo ver su entraña evangélica. De ahí salieron las comunidades cristianas de base, como células vivas de esa espiritualidad y de esa pastoral. De ese impulso brotó la lectura orante de la Biblia y cada vez más de los santos evangelios como el alimento y la savia que guió a esta Iglesia.

De Medellín salió la alianza de la Iglesia y los pueblos latinoamericanos, que incluyó a no pocos intelectuales y más en general profesionales, que hicieron pensar a los verdaderamente solidarios que el cristianismo no era el opio del pueblo, sino levadura dentro de él con gran capacidad para que el pueblo fermentara, tome conciencia, se cohesione y dé de sí.

Este despertar tan maduro de la Iglesia latinoamericana asombró, tanto a los cristianos del mundo, a las demás iglesias, como al propio Vaticano y constituyó un polo de atracción, un lugar de solidaridad y recarismatización para muchos cristianos sinceros de otras latitudes.

La Iglesia Latinoamericana no era eco desvaído de las iglesias del primer mundo sino centro y foco emisor de vivencia cristiana genuina y fecunda. Por primera vez libros salidos de esta experiencia discernida fueron traducidos a varias lenguas y sirvieron de inspiración a muchos cristianos de otros continentes. Y también por primera vez los materiales producidos en cualquier lugar de América Latina servían de inspiración y alimento a otros cristianos en otros lugares muy remotos del continente.

Todos nos sentíamos andando en la misma caminata, nos reconocíamos entre nosotros y teníamos frecuentes encuentros, que servían para ponernos al día, discernir y confortarnos.

MEDELLÍN, UNA BANDERA DISCUTIDA

Pero este despertar del pueblo, esta alianza entre gente no popular y popular en el seno del pueblo, llenó de inquietud a los que señoreaban al pueblo despreciándolo y sometiéndolo por su minusvalía. Al ver que esta empezaba a desaparecer porque el pueblo se ponía a valer en múltiples aspectos y se acuerpaba, y empezaba a hablar con voz propia, y a caminar sin su guía y por sus propios caminos, temió, se puso en guardia y quiso parar en seco este proceso.

Ante todo se dedicó a calumniarlo sistemáticamente, y luego lo combatió apoyándose en los militares y, sobre todo, la intervención, programada –también sistemáticamente– desde el Estado, con el apoyo de los medios de comunicación de EE.UU.², principal beneficiario y guardián de este orden establecido, que Medellín había calificado de violencia institucionalizada, de situación de pecado, que por eso, para pasar de condiciones de vida menos humanas a más humanas, debía ser sobrepasado con la colaboración de todos los latinoamericanos de buena voluntad, reconociendo que en ese impulso liberador alentaba el mismo Espíritu que liberó al pueblo de Israel de la opresión de Egipto.

Este movimiento fue aplastado por los Regímenes de Seguridad Nacional, empezando por Brasil y siguiendo por Chile, Argentina, Uruguay o por el vaciamiento de las democracias, que no llegaron ni a lo meramente procedimental, abandonando, como la venezolana, su carácter interclasista y abandonando al pueblo miserablemente.

Esta represión se internalizó en la Iglesia al llegar al papado Juan Pablo II, avanzado en lo social, pero ferozmente anticomunista, que fue convencido, sin discernimiento, de que en esta Iglesia se había infiltrado el comunismo y se dedicó a combatirla y sobre todo a nombrar obispos que estuvieran en contra de lo que representó Medellín.

Fuera de excepciones, los nombraron por ser conservadores, sin tener en cuenta si tenían condición de pastores. Y completaron esta medida con la entrega de los seminarios a grupos sacerdotales que habían rechazado el Concilio Vaticano II.

El resultado fue, por una parte, el abandono del pueblo y, por otra, la pérdida de carisma de la institución eclesial, que se puso de espaldas al evangelio y a la historia y se encerró en el

doctrinarismo y los ritos, adaptándose al orden establecido.

FIDELIDAD, A PESAR DE TODO

Todavía, sin embargo, en Puebla (1979), la Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano reafirmó Medellín, a pesar de la tremenda presión del Papa y de la curia en pleno, y de que el Celam había sido intervenido por el Vaticano que impuso como secretario a López Trujillo, que se había empeñado en que la asamblea se centrara en lo cultural, abandonando la lucha por la justicia.

Puebla, siguiendo el impulso de Medellín, proclamó la opción por los pobres como camino de fidelidad al Dios de Jesús y al propio Jesús de Nazaret, que, como insistió el documento, nació y vivió pobre en medio de su pueblo.

Como el resultado de Puebla no satisfizo a la curia vaticana ni al Celam, la aplicación del documento corrió a cargo de lo que quedaba de Medellín, que seguía siendo lo más vivo y carismático de la Iglesia latinoamericana, a pesar de la institución eclesiástica establecida.

Ya la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo para conmemorar el V centenario del nacimiento del cristianismo en América Latina, no fue una verdadera conferencia del episcopado porque el Vaticano la intervino imponiendo el reglamento y las autoridades que la iban a llevar, y nombrando a dedo a un porcentaje de obispos para contrarrestar a los que habían sido elegidos por los episcopados en la onda de Medellín y Puebla.

Sin embargo, estos seguían siendo mayoría en la asamblea y, por eso, en la redacción global, que fue el fruto de cada una de las comisiones, fuera de cuatro, en las que se habían concentrado los que estaban en contra, no solo seguían la línea de Medellín-Puebla, sino que la agudizaban. Pero, la presidencia pro vaticana no permitió que se aprobara esa redacción y el documento no reflejó el sentir de la mayoría.

El documento de Aparecida (2007), producto de la V Conferencia General, a pesar de inconsistencias en el método, mantiene lo más medular de Medellín-Puebla, insistiendo, al no transmitirse ya ambientalmente el cristianismo, en la necesidad de un encuentro a fondo con Jesús de Nazaret, el de los evangelios, y reafirmando en un texto impresionan-

te la imbricación entre Jesús y los pobres: "Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo" (Aparecida 393)³.

Une el discernimiento histórico con la contemplación orante de los evangelios: "Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias" (Aparecida 139).

UNA PROPUESTA RESPONSABLE

Lo que propongo es el desglose ampliado de un estudio sobre el documento de Medellín desde una perspectiva concreta: que prescribe para la Iglesia lo mismo que propone para el continente. Por eso califico a este modo de preceder como *una propuesta responsable*. La califico de responsable porque los obispos no consideran que cumplen con su deber sacando el documento, sino que insisten que no quieren proponer nada que no estén dispuestos a poner en práctica ellos mismos, tanto como ciudadanos latinoamericanos, como en cuanto cristianos y no solo como obispos y dirigentes sociales. Por eso, al asumirse integralmente ellos como personas, se proponen a ellos mismos y proponen a la Iglesia lo equivalente de lo que proponen a la sociedad.

La propuesta social de Medellín es el desarrollo integral o desarrollo humano, que para ellos consiste en pasar de condiciones de vida menos humanas a más humanas.

Es integral porque incluye tanto a todas las personas como a todos los aspectos de la persona: desde pasar de experimentar necesidades a tenerlas satisfechas y pasar del egoísmo a la solidaridad, a pasar a satisfacer las necesidades no por la dádiva del gobierno sino por el propio trabajo y por tanto pasar a que haya trabajo productivo y bien remunerado, a pasar, para que eso sea posible, a la capacitación de todos, a pasar, dando un paso más, a la solidaridad fraterna animada por la caridad y a la fe en Dios, del que ese amor dimana a través de Cristo.

Pero, como su propuesta fue realmente responsable, no se contentaron con diseñarla detalladamente en cada uno de los aspectos, sino que también señalaron muy pormenorizadamente los obstáculos que impedían su realización, y

Así pues, para los obispos hay que llegar a las estructuras, pero hay que comenzar con la renovación personal, que consiste en liberar la libertad para que elija hacerse cargo responsablemente de ella para transformarla superadoramente.

el principal de todos para ellos era la insensibilidad de los dueños del capital, que no tenían para nada en cuenta la suerte del pueblo y que se oponían sistemáticamente a que cambiara la correlación de fuerzas, empleando los medios que fueran necesarios para ello.

En este sistema de injusticia estructural, calificado por ellos de violencia institucionalizada, ellos eran para los obispos los principales responsables del porvenir pacífico del continente ya que eran los causantes directos de la madre de las violencias.

Al verse señalados y no querer cambiar, tildaron al documento de marxismo recalentado⁴ y de incitar a la violencia, cuando, por el contrario, el documento se desmarca expresamente de ella.

Para el documento la base de cualquier alternativa realmente superadora es la transformación personal. Ahora bien, para los obispos, un aspecto ineludible, más aún, central en el proceso de personalización es la relación solidaria.

La unión de personalización y socialización no era la propuesta de ningún grupo en su época y es una propuesta que tampoco tiene sujeto en la nuestra y por eso no está hoy ambientalmente presente. Y, sin embargo, también nosotros creemos que ella es el principio y fundamento de cualquier alternativa para que sea realmente superadora.

Lo enunciamos del siguiente modo: si no hay una masa crítica de personas en

Nuestra América que tenga más densidad personal, más consistencia, que las corporaciones globalizadas y las locales y, en nuestro caso venezolano, más que el gobierno, no tenemos más alternativa que aceptar la situación jugando su juego o resignarnos impotentes a ella, aunque nos resulte inhumana. Es lo que vamos a tratar de mostrar.

LA ALTERNATIVA TIENE QUE COMENZAR POR UN CAMBIO PERSONAL

Para los obispos, la alternativa, tanto a la injusticia estructural, que equivale a una violencia institucionalizada, como a la propuesta de vencer a la injusticia por las armas, no puede consistir solo en un cambio político y de las estructuras económicas.

En primer lugar, sostienen que esos cambios no podrán darse si no existe un sujeto interesado en ellos y capacitado para llevarlo a cabo: “No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables” (1,3).

Así pues, para los obispos hay que llegar a las estructuras, pero hay que comenzar con la renovación personal, que consiste en liberar la libertad para que elija hacerse cargo responsablemente de ella para transformarla superadoramente. En nuestro tiempo, este debe-



La tercera dimensión es que soy persona. La persona se define por las relaciones horizontales, mutuas y gratuitas desde lo más genuino de cada uno. Si alguien no tiene relaciones personales, sino solo de sujeto a objeto, aunque ese objeto sea el de mi complacencia o el que me reporta utilidad, no es persona.

ría ser el empeño fundamental de la Iglesia, es decir, del pueblo de Dios, de todos los cristianos.

Para Medellín el desarrollo no puede ser humano si cada uno de los seres humanos no es artífice de él en un esfuerzo mancomunado. Por eso los documentos insisten en el proceso de personalización, de toma de conciencia y en la necesidad de educar la conciencia en sus distintas dimensiones y de un modo señalado en la social y política.

Ante todo, descubren las huellas de la imagen de Dios como un potente dinamismo y, más todavía la presencia actuante del Espíritu en aquellos que caminan “hacia una más profunda personalización y cohesión fraternal” (Int. 4). Este signo de la presencia actuante de Dios es a su vez una exigencia de colaborar con él.

Como se ve, para los obispos, como para el Concilio, la presencia actuante del Espíritu de Dios no está restringida a los cristianos ni, menos aún, a manifestaciones religiosas, sino que tiende a la humanización integral, en la que se interpenetran la personalización y la relación fraterna. Y, por tanto, el proceso de personalización, que incluye la cohesión fraterna, siendo lo que produce la plenitud humana, no es algo meramente humano sino, que es, conjuntamente, actuación del Espíritu de Jesús de Nazaret. A esa dirección vital animan a todos los latinoamericanos.

TRES DIMENSIONES DEL SER HUMANO: INDIVIDUO, SUJETO Y PERSONA⁵

Para arrojar luz en esta interpenetración del proceso de personalización y solidaridad tenemos que asentar que el ser humano tiene tres dimensiones ligadas entre sí, pero cada una con una especificidad.

Ante todo, en lo más elemental de nosotros, somos individuos: un yo irreductible. Cada uno es el que es y tiene que contar y cargar consigo mismo. De ahí, la necesidad de la soledad y del silencio para llegar a ese centro sagrado en el que se escucha la voz de la conciencia y, más adentro todavía, la presencia del Espíritu de Dios que nos mueve a vivir con la dignidad de hijos suyos y de hermanos de los demás.

Hay que decir que el orden establecido insiste en que somos individuos; pero en ese concepto no incluye ninguna dimensión trascendente, sino mera-

mente que cada uno es cada uno y puede hacer lo que le parece a él, sin tener que dar cuenta a nadie, con tal de estar dentro de la ley o tener el poder de saltársela sin sufrir sus consecuencias, como hacen muchos de los grandes.

La segunda dimensión es la de sujeto: yo soy el autor de mis actos, el que los diseña, y el agente que los ejecuta, y también el que los padece porque lo que hago recae sobre mí, me afecta irremediablemente. Por tanto, yo soy responsable de mí y de mis actos: ante mí, ante la sociedad y ante Dios.

El orden establecido también insiste en que soy sujeto, pero me seduce mediante la publicidad para que no obre responsablemente, sino que me deje llevar por mis apetencias, inducidas por ella.

La tercera dimensión es que soy persona. La persona se define por las relaciones horizontales, mutuas y gratuitas desde lo más genuino de cada uno. Si alguien no tiene relaciones personales, sino solo de sujeto a objeto, aunque ese objeto sea el de mi complacencia o el que me reporta utilidad, no es persona. Si lo es en cuanto Dios sí se relaciona con él personalmente, y tal vez su mamá y posiblemente otros, pero no lo es plenamente hasta que él no corresponda.

Como se ve, desde la antropología cristiana, yo no soy plenamente persona si no vivo solidariamente, de manera que esa relación me defina. Esto es obvio para un cristiano ya que las personas divinas son “relaciones subsistentes” (santo Tomás⁶).

Es decir, que no es que existan el Padre, el Hijo y el Espíritu y se relacionen (eso sería triteísmo); lo que existe es la relación que a la vez diferencia (el Padre, el Hijo y el Espíritu) y mantiene unido (un solo Dios verdadero).

Por tanto, uno es persona en la medida en que se relaciona de manera que la relación, horizontal y mutua, diferencie y una. Si yo me relaciono solo con quien me conviene y hasta que me convenga y buscando mi conveniencia, por lo que a mí toca, no soy persona. Esto es lo que está en el fondo de la propuesta de los obispos en Medellín de caminar “hacia una más profunda personalización y cohesión fraternal”.

RESPONSABILIDAD Y SOLIDARIDAD EN LOS DOCUMENTOS

Animan particularmente a los educadores pues la educación “ha de anticipar

... porque el nosotros es primera persona de plural, porque es un nosotros en el que nadie absorbe a nadie, sino que se entrega al otro para que se realice, a la vez que recibe su don personal.

el nuevo tipo de sociedad que buscamos en la personalización de las nuevas generaciones, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo su libre autodeterminación y promoviendo su sentido comunitario” (4,8).

No puede ser una educación preocupada solo por dar los contenidos que demanda la economía para que escalen puestos en ella, ni, menos aún, por meter a los educandos en la lucha por la vida, entendida de un modo individualista, como lo inculca por todos los medios el liberalismo reinante. Por el contrario, ha de preparar para la sociedad alternativa que buscamos apoyando la personalización, liberando su libertad, afincándola en la conciencia de su dignidad, de manera que la personalización se exprese en el sentido comunitario, como antes habían insistido a todos en la cohesión fraterna.

En el documento sobre la juventud hacen notar, para que se apoyen en ello, en su “tendencia a la personalización, conciencia de sí mismos, creatividad” (5,9). Pero como perciben las resistencias estructurales, insisten analíticamente en las características de ese proceso tan necesario de personalización:

La necesidad de elaborar una pedagogía orgánica de la juventud, a través de la cual se estimulen en los jóvenes una sólida formación humana y cristiana y los esfuerzos por forjarse una auténtica personalidad. Personalidad que los capacite, por una parte, para asimilar con criterios lúcidos y verdadera libertad, todos los elementos positivos de las influencias que reciben a través de los distintos medios de comunicación social y que les permita, por otra, hacer frente al proceso de despersonalización y masificación que acecha de modo particular a la juventud. Pedagogía que eduque también en el sentido (valor y relatividad) de lo institucional. (5,14)

No comparten la sacralización del orden establecido, pero tampoco su demonización. Creen que hay que educar en el valor de las instituciones, pero también en su carácter relativo; creen que se tiene que enseñar a discernir los contenidos de los medios de comunicación para asumir lo positivo y no volverse adicto de lo negativo. Y creen que eso exige una sólida formación de la personalidad porque tienen que hacer

frente al proceso de despersonalización y masificación en que está empeñado el orden establecido para someter a sus dictados a los que se inician.

Unido al proceso de personalización del pueblo latinoamericano está la “creciente toma de conciencia de los sectores oprimidos” (2,7), tanto de sí mismos como de la realidad en que viven. Esta toma de conciencia de su situación “provoca en amplios sectores de la población latinoamericana actitudes de protesta y aspiraciones de liberación, desarrollo y justicia social” (10,2).

De ahí se deduce el compromiso de los cristianos, incluso la necesidad, de educar la conciencia en sus distintas dimensiones y de un modo señalado en la social y política. Así lo asumen los obispos como tarea propia suya:

A nosotros, pastores de la Iglesia, nos corresponde educar las conciencias, inspirar, estimular y ayudar a orientar todas las iniciativas que contribuyen a la formación del hombre. Nos corresponde también denunciar todo aquello que, al ir contra la justicia, destruye la paz./ En este espíritu creemos oportuno [...] Despertar en los hombres y en los pueblos, principalmente con los medios de comunicación social, una viva conciencia de justicia, infundiéndoles un sentido dinámico de responsabilidad y solidaridad. (2,20-21)

Como se ve, todo se resume en el binomio responsabilidad-solidaridad y la base de todo es la educación de la conciencia, porque si no se cultiva esta dimensión sagrada, que es a la vez soledad, conciencia de sí y de la realidad, y responsabilidad consigo mismo y respecto de los demás, ante la presencia inmanipulable de Dios, no hay firmeza para decidir lo recto y fecundo y, menos aún, para permanecer en ello en medio de tantas presiones.

LA PERSONA DESAGUA EN LA COMUNIDAD Y EN LA SOCIEDAD

Los obispos unen la formación de la conciencia social con los hábitos comunitarios⁷, de manera que se amplíe la percepción de la realidad y se haga más fluida la colaboración:

Deseamos afirmar que es indispensable la formación de la conciencia social y la percepción realista de los proble-

Personalidad que los capacite, por una parte, para asimilar con criterios lúcidos y verdadera libertad, todos los elementos positivos de las influencias que reciben a través de los distintos medios de comunicación social y que les permita, por otra, hacer frente al proceso de despersonalización y masificación que acecha de modo particular a la juventud.

mas de la comunidad y de las estructuras sociales. Debemos despertar la conciencia social y hábitos comunitarios en todos los medios y grupos profesionales, ya sea en lo que respecta al diálogo y vivencia comunitaria dentro del mismo grupo, ya sea en sus relaciones con grupos sociales más amplios (obreros, campesinos, profesionales liberales, clero, religiosos, funcionarios)./ Esta tarea de concientización y de educación social deberá integrarse en los planes de Pastoral de conjunto en sus diversos niveles. (1,17)

Como se ve, para los obispos, cuando la persona toma conciencia de sí se expresa tanto a nivel comunitario como a nivel social. Son los dos campos, insustituibles ambos, de realización personal.

Se diferencian en que en la comunidad cada quien está con rostro y nombre propio, y las relaciones desaguan en un nosotros en el que se conservan y realizan los individuos, porque el nosotros es primera persona de plural, porque es un nosotros en el que nadie absorbe a nadie, sino que se entrega al otro para que se realice, a la vez que recibe su don personal.

En la sociedad, en cambio, cada quien inhibe su idiosincrasia, a la vez que pone en común sus haberes para que, con el aporte de todos, se realice el cuerpo social, en el que se da el bien común, que es el verdadero bien de cada persona.

Para los obispos, esta labor de concientización, abierta a toda la ciudadanía, debe darse también sistemáticamente a los cristianos. Ante todo, porque la captación de la revelación cristiana no puede hacerse al margen de la realidad ya que está intrínsecamente referida a ella:

La toma de conciencia del mensaje cristiano se hace profundizando cada vez más en la comprensión auténtica de la verdad revelada. Pero esa toma progresiva de conciencia crece al ritmo de la emergencia de las experiencias humanas, individuales y colectivas. Por eso, la fidelidad de la Iglesia a la revelación tiene que ser y es dinámica./ La catequesis no puede, pues, ignorar en su renovación los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales sufridos en América Latina. (8,5)

Pero también por la responsabilidad cristiana con la realidad hacia su huma-

nización integral, que es el sentido de toda la conferencia:

La Iglesia Latinoamericana, reunida en la Segunda Conferencia General de su Episcopado, centró su atención en el hombre de este continente, que vive un momento decisivo de su proceso histórico. De este modo ella no se ha 'desviado' sino que se ha 'vuelto' hacia el hombre, consciente de que 'para conocer a Dios es necesario conocer al hombre'./ La Iglesia ha buscado comprender este momento histórico del hombre latinoamericano a la luz de la Palabra, que es Cristo, en quien se manifiesta el misterio del hombre. (Intr. 1)

Por eso expresan: "Nuestra misión pastoral es esencialmente un servicio de inspiración y de educación de las conciencias de los creyentes, para ayudarles a percibir las responsabilidades de su fe, en su vida personal y en su vida social" (1,6).

Como se ve, el papel de la institución eclesial respecto de todos los cristianos es educar sus conciencias, en el sentido preciso de iluminarlas y consolidarlas, que eso es formarlas, para que perciban sus responsabilidades en sus diversos ámbitos, desde el individual al social y estén dispuestos y capacitados para asumirlas con alegría y constancia y eficazmente. Esta responsabilidad llega hasta la participación política:

La carencia de una conciencia política en nuestros países hace imprescindible la acción educadora de la Iglesia, con objeto de que los cristianos consideren su participación en la vida política de la Nación como un deber de conciencia y como el ejercicio de la caridad, en su sentido más noble y eficaz para la vida de la comunidad. (1,16)

Pasar de entender la política como el campo para conseguir ventajas individuales y corporativas, a comprenderla, aceptarla y dedicarse a ella como deber de conciencia y ejercicio de amor para el bien de la comunidad, en el que pongo también el mío propio, es un reclamo a la institución eclesial y a todos los cristianos que quieren vivir responsablemente su misión.

Hacemos justicia a nuestra realidad cuando nos relacionamos con los demás de manera horizontal y gratuita de manera que esa relación nos constituya. No nos relacionamos, pues, como ejercicio de lo que somos, sino para llegar a serlo. Esta es la relación personalizadora.

CONVERSIÓN PARA EL SERVICIO

Así como respecto de la región insistieron en la personalización, así respecto de los cristianos insisten, equivalentemente, en la conversión personal como el quicio de todo. La equivalencia es clara si entendemos la conversión como el paso de una existencia despersonalizada, ya que se deja llevar por su pasión dominante o arrastrar por el ambiente que configura una situación de pecado, a vivir como Dios manda, que es vivir como personas, conscientes de su dignidad de hijos de Dios y de hermanos en Cristo de todos.

Así lo asientan con toda claridad deseable desde el Mensaje que encabeza los documentos:

Durante estos días nos hemos congregado en la ciudad de Medellín, movidos por el Espíritu del Señor, para orientar una vez más, las tareas de la Iglesia en un afán de conversión y de servicio./ Hemos visto que nuestro compromiso más urgente es purificarnos en el espíritu del Evangelio todos los miembros e instituciones de la Iglesia Católica. Debe terminar la separación entre la fe y la vida, porque en Cristo Jesús lo único que cuenta es 'la fe que obra por medio del amor'.

Como se ve, para los obispos la conversión se manifiesta en el servicio. Es claro que ese es el espíritu del Evangelio al que ellos se remiten, porque Jesús ha venido, no a que lo sirvan sino a servir hasta dar la vida.

Esa es la expresión de la fe que obra por el amor. Por eso, como la fe no se reduce a una profesión de doctrinas y a la práctica de ritos, sino que se realiza en la vida filial y fraterna, es cierto que, si queremos ser cristianos congruentes, no podemos persistir en la separación entre fe y vida.

Por eso subrayan que "el gesto litúrgico no es auténtico si no implica un compromiso de caridad, un esfuerzo siempre renovado por sentir como siente Cristo Jesús, y una continua conversión" (9,3).

En el ambiente en que nos movemos es claro que el sentido de la conversión ha de entrañar la superación del individualismo y la adquisición del sentido social: "Una sincera conversión ha de cambiar la mentalidad individualista en otra de sentido social y preocupación por el bien común" (14,17).

Esta llamada a la conversión, mediante "una vivencia más plena del Evangelio", es por eso un ingrediente fundamental de la pastoral popular:

Promueva constantemente una re-conversión y una educación de nuestro pueblo en la fe a niveles cada vez más profundos y maduros, siguiendo el criterio de una pastoral dinámica, que en consonancia con la naturaleza de la fe, impulse al pueblo creyente hacia la doble dimensión personalizante y comunitaria (6 n°8).

Por eso, "la pastoral popular deberá tender a una exigencia cada vez mayor para lograr una personalización y vida comunitaria, de modo pedagógico, respetando las etapas diversas en el caminar hacia Dios" (6 n°15).

Insistimos en que la personalización se expresa en la vida comunitaria y, correspondientemente, la comunidad personalizadora activa el desarrollo de las potencialidades individuales.

PERSONALIZACIÓN Y SOLIDARIDAD: UN SOLO PROCESO CON DOS DIMENSIONES

Tanto en sus propuestas de personalización y concientización a la sociedad como en sus propuestas de conversión a los cristianos siempre van unidos los procesos de personalización y los de solidaridad, de tal manera que ambos forman una endíadis, es decir, expresan un único concepto mediante dos términos coordinados, una sola realidad a través de los dos factores que la componen y que, por eso, son dos facetas de lo mismo.

Vamos a recordarlo: los seres humanos tenemos tres facetas: somos individuos, cada uno una realidad única, indivisible; sujetos, es decir, autores y responsables de nuestra vida; y personas, o sea respectivos desde nuestra genuinidad.

Las personas divinas son "relaciones subsistentes"; a imagen de ellas también lo somos nosotros. Hacemos justicia a nuestra realidad cuando nos relacionamos con los demás de manera horizontal y gratuita de manera que esa relación nos constituya. No nos relacionamos, pues, como ejercicio de lo que somos, sino para llegar a serlo. Esta es la relación personalizadora.

Para los cristianos las dos relaciones que nos personalizan son las de hijos y las de hermanos. Por eso la personali-



HUELLAS VENEZUELA

zación se expresa como respectividad positiva, tanto respecto de Papadios, respondiendo a su relación fundante, constante, diferenciada y gratuita, como respecto a los demás, respondiendo a su relación, comenzando por el amor constante de nuestras madres que nos posibilitan salir de nuestro autocentramiento, como de tantos otros que nos han puesto a la altura del tiempo.

Y cuando vivimos en una situación de violencia institucional y por tanto de falta de respectividad o respectividad negativa institucionalizada, esta respectividad positiva se expresa como relaciones que incluyan positivamente a los excluidos o tratados injustamente y que conducen a la transformación de esas instituciones y que no dejan por imposibles a los causantes de esa situación ni a los que se aprovechan de ella empeorándola.

A este proceso lo llaman los obispos socialización:

La socialización, entendida como proceso sociocultural de personalización y solidaridad crecientes, nos induce a pensar que todos los sectores de la sociedad, pero en este caso, principalmente el sector económico social, deberán superar, por la justicia y la fraternidad, los antagonismos, para convertirse en agentes del desarrollo nacional y continental. (1,13)

Es crucial el apunte de los obispos que hacen ver que no habrá justicia si falta la fraternidad, porque ¿qué motivo puedo tener para limitar mi ganancia, si el otro está fuera de mi corazón? La justicia presupone la aceptación del otro dentro de mi mundo de vida; no basta con una ley que la prescriba.

Lo que me parece más significativo de la cita es que se perciba que la personalización y la solidaridad no son inversa, sino directamente proporcionales y que los diversos actores, que aparecen enfrentados, tienen que deponer la actitud

Ambos sistemas desconocieron la fraternidad. Después del fracaso humano que significó la última guerra mundial, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que promulgó las naciones Unidas (1948), reconoció en su primer artículo la fraternidad universal y en el primer considerando afirmó que la humanidad constituía una sola familia.

de guerra permanente para lograr la supremacía y aprender a actuar en sinergia.

Desgraciadamente en el orden establecido la personalización degenera en individualismo; por eso no solo no incluye la solidaridad, sino que positivamente la excluye. Por eso solo queda la guerra de todos contra todos para que ganen unos a costa de todos los demás.

Para los obispos la personalización es inseparable de relaciones constituyentes y por tanto se expresa como solidaridad.

No hay nada más opuesto, en el sentido preciso de alternativo superador, tanto al capitalismo, que confunde individualidad y subjetualidad o, más precisamente, el subjetivismo individualista, con personalización, como al socialismo, que concibe la relacionalidad, como regimentada por el Estado y el partido y no como una relacionalidad horizontal y mutua, desde la propia genuinidad y como realización de la libertad.

Esta asunción plena de la individualidad y de la condición de sujetos, expresada en relaciones fraternas, en sinergias, en pro del bien común, en el que se realizan los bienes personales, constituye el auténtico proceso, tanto de personalización como de socialización.

Es la alternativa que tiene que ir abriéndose paso ante la evidencia, cada día más clamorosa, del fracaso tanto del capitalismo, fracaso humano, vaciamiento personal y destrucción del equilibrio ecológico que conlleva el fin de la casa común y de la especie humana, como del socialismo, que donde ha sido aplicado ha implosionado.

Dicho en otros términos, la libertad y la igualdad solo pueden realizarse, sin que una sacrifique a la otra y sin que ambas se degraden, cuando las armoniza la fraternidad. Es el núcleo de la propuesta cristiana, imprescindible, si queremos que no naufrague la calidad humana y aun la vida misma.

De la trilogía del lema de la revolución francesa, el liberalismo capitalista tomó solo la libertad, supuestamente la libertad individual, pero en la realidad la libertad del capital, que degradó al individuo a la condición de productor consumidor de lo pautado por él y cada vez más a la de excluido del sistema.

Por su parte, el socialismo, al ver cómo esa libertad sin freno de los que detentaban el poder había acabado con la igualdad, sacrificando a las mayorías, optó por la igualdad, sacrificando a la libertad, ya que el Estado y en definitiva

el Partido, eran los únicos sujetos. Sin embargo, a la larga también naufragó la libertad porque esos sujetos acabaron arrogándose privilegios que anularon la igualdad.

Ambos sistemas desconocieron la fraternidad. Después del fracaso humano que significó la última guerra mundial, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que promulgó las naciones Unidas (1948), reconoció en su primer artículo la fraternidad universal y en el primer considerando afirmó que la humanidad constituía una sola familia. Sin embargo, este reconocimiento no se ha hecho operativo.

Nuestra tesis, la tesis cristiana, es que hasta que no nos reconozcamos realmente hermanos en todas nuestras relaciones de tal manera que esa identidad remodele todas las instituciones y estructuras, no será posible alcanzar la libertad y la igualdad, la libertad real, es decir, liberada para el bien, y la igualdad de trato y de oportunidades, que reconozca a su vez la diversidad de dones de cada uno, desarrollados para el bien de todos y así de la propia persona.

Como se ve, Medellín esboza un cuerpo social en el que la individuación crece directamente proporcional a la participación solidaria.

Ya hemos insistido que el cuerpo social propiamente dicho solo se constituye cuando cada quien pone en común sus haberes para formarlo, inhibiendo la propia idiosincrasia, sus particularidades. Este cuerpo social es el bien común, que por eso es de todos y de ninguno en particular; pero en él se realiza el bien de cada persona, es decir, el bien genuino de cada uno.

Por eso la socialización no se concibe como internalización de pautas preestablecidas emanadas desde el poder, tanto el poder político, como intermediario, casi siempre, del poder económico, como el poder de la publicidad, expresión directa del poder económico, sino como la ayuda que la comunidad presta a cada miembro para que descubra su puesto personal en ella y se capacite para ocuparlo creativamente.

Un aporte muy importante de Ellacuría, en su *Filosofía de la realidad histórica*⁸ es la insistencia en que la persona tiene dos campos de realización complementarios, insustituibles ambos, que son la sociedad y la comunidad, y que, por tanto, no se puede realizar solipsísticamente, es decir, como meros indivi-

Así pues, en el mejor de los casos el niño se constituye como persona respondiendo a la relación de fe de la madre y luego de otros. Comenzamos, pues, siendo hijos, y nunca dejamos atrás esa condición. Pero, respondiendo a esa relación de fe en nosotros, nos vamos haciendo también hermanos.

duos, aunque tengamos que cultivar nuestra interioridad para que nuestras relaciones salgan de lo más genuino nuestro y no de pulsiones o pasiones autonomizadas del resto de la persona y absolutizadas, o de las reglas de juego del orden establecido internalizadas.

Quiero insistir en que no solo no está en nuestro ambiente el que la persona se constituye a través de relaciones y siempre como respuesta a las relaciones personales de otros, y que, por tanto, sin relaciones constituyentes, por lo que a nosotros toca, no somos personas, sino que desgraciadamente tampoco los cristianos hemos asumido esta concepción, que deriva tan directamente de la concepción del Dios cristiano.

Insisto en que no hay alternativa posible a esta situación, cada día más inhumana e inviable, si no partimos de esta noción de persona que se realiza a través de relaciones horizontales y mutuas, desde la genuinidad de cada quien, y que se expresa tanto en la constitución de la sociedad como un cuerpo social en el que se realiza el bien común, como de comunidades en base a relaciones personales desde la genuinidad de cada uno, relaciones, pues, directas, horizontales, mutuas y abiertas.

LA PERSONA VISTA DESDE LA ARQUEOLOGÍA Y LA CONSUMACIÓN

Que la persona se realice a través de relaciones, tanto las comunitarias como las societarias, no es una doctrina cristiana sino su propuesta básica, de tal manera que si para mí las relaciones son secundarias, es decir, no me constituyen personalmente, no soy cristiano. Pero más elementalmente no soy persona.

Vamos a explicar esto porque hoy no es nada evidente en nuestro ambiente. Lo haremos aludiendo, en primer lugar, a la arqueología del sujeto.

La cría humana es la más desvalida. Por eso nace absolutamente autocentrada. Ahora bien, si su madre y posteriormente su padre y más en general su familia tiene amor constante, el niño, más temprano que tarde cae en cuenta, aunque todavía no lo pueda conceptualizar, de que otro que no es él conoce tan bien como él sus necesidades y está dispuesto a satisfacerlas. Entonces, al aceptar esa relación, puede descentrarse, puede abrirse, incluso puede llegar a compartir, a dar de sí.

Es la relación de fe de la madre la que engendra la fe del niño en ella. Esa relación es el principio de personalización del niño. Por eso, si la relación de amor no ha sido constante, el niño no sabe a qué atenerse, no sabe si puede tener fe, si se puede descentrar, y, por tanto, su condición de persona está en el aire, pendiente de una ratificación posterior por parte de otra persona o, si eso no acontece, seguirá siendo alguien auto-centrado: un individuo, su sujeto, no plenamente una persona, aunque siempre lo es por la relación continua, gratuita y trascendente de Dios con él.

Así pues, en el mejor de los casos el niño se constituye como persona respondiendo a la relación de fe de la madre y luego de otros. Comenzamos, pues, siendo hijos, y nunca dejamos atrás esa condición. Pero, respondiendo a esa relación de fe en nosotros, nos vamos haciendo también hermanos.

Como se ve, la relación de fe es la primera relación que entabla el niño y la que lo personaliza. La relación de fe es, pues, la única relación de persona a persona.

A esto mismo llegamos también desde la consideración de la obra de Jesús, el Hijo único y eterno de Dios, que se hace no solo un ser humano como nosotros, de nuestra misma humanidad, sino específicamente nuestro Hermano, para introducirnos en su relación con su Padre: en él somos hijos de Dios en el Hijo y hermanos en el Hermano universal, pero ahora con una plenitud que nos supera infinitamente, aunque realmente somos introducidos a ella.

Jesús es Hijo y Hermano porque es todo de su Padre y todo para nosotros sus hermanos. Es pura relación. Por eso, su transparencia. Es una Persona infinita. Nosotros nos constituimos en personas al recibir esas relaciones, al abrirnos para recibirlas y al responder a su relación con la nuestra.

Somos personas en la medida en que nos abrimos a ellas y correspondemos. Somos habilitados para poder hacerlo por el Espíritu que ambos nos envían y que nos mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro. Por tanto, todos podemos hacerlo, incluso los que no han oído hablar de Jesús ni de su Padre, si aceptan moverse por el impulso del Espíritu que, como es verbo, no sustantivo, Amar, no Amor, mueve, pero no habla, no dice su nombre.

Lo que me parece más significativo de la cita es que se perciba que la personalización y la solidaridad no son inversa, sino directamente proporcionales y que los diversos actores, que aparecen enfrentados, tienen que deponer la actitud de guerra permanente para lograr la supremacía y aprender a actuar en sinergia.

Así pues, tanto desde nuestra arqueología como desde nuestra escatología, queda claro que son las relaciones las que nos personalizan y que en esas relaciones nosotros no tenemos la primera palabra, que comenzamos recibiendo y que lo nuestro es corresponder.

Tenemos, pues, que elegir entre seguir el individualismo que nos inculca el orden establecido o vivir de estas relaciones que nos han traído al mundo, que nos han dado la vida y la vida humana, cualitativamente humana y que nos proporcionan, ya en esta vida, vida eterna. Tenemos que elegir y tenemos, sobre todo, que practicar esas relaciones de hijos y de hermanos, practicarlas tanto que lleguen a definirnos.

Solo desde esta actuación será posible ir construyendo una alternativa. Si no llegamos a este núcleo, todo será insuficiente.

*Miembro del Consejo de Redacción de *S/C*.

NOTAS:

- 1 COMBLIN (2003): "Saudades da América Latina". En: *A esperança dos pobre vive*. Sao Paulo: Paulus. 719-732. Íd.: (2003): "Los obispos de Medellín". En: *10 palabras sobre la Iglesia en América Latina*. EVD. 41-77.
- 2 Por paradójico que parezca, la primera crítica a la Teología de la Liberación no procedió del Vaticano, sino del Informe Rockefeller en 1969, un año después de la gira del vicepresidente de Nixon por el continente latinoamericano. En él se afirmaba que la Iglesia ya no era un aliado seguro para los EE.UU. y la garantía de la estabilidad social en el continente y que esta se había convertido en un centro peligroso de revolución potencial. También se aconsejaba contrarrestar la influencia de la Iglesia católica con la de otro tipo de iglesias o sectas protestantes más afines con los intereses de los EE.UU. en el continente. Una década después, en mayo de 1980, se confeccionarían los documentos secretos de Santa Fe, los cuales se convertirían, de facto, en la base de la doctrina ético-religiosa de la administración Reagan para el continente latinoamericano. Este documento llevaba el sugerente título: "Una nueva política interamericana para la década de 1980". En él se plantea volver a la doctrina Monroe. Con relación al tema religioso piden "combatir por todos los medios a la Teología de la Liberación y controlar los medios de comunicación de masas para contrarrestar la mala imagen de los EE.UU. en la región".
- 3 TRIGO (en-abr 2008): "Papel de la teología en el mundo actual". En: *Revista Latinoamericana de Teología*. San Salvador 73. 67-71.
- 4 Así el *Wall Street Journal*.
- 5 Este apartado está desarrollado en TRIGO (2018): *La enseñanza social de la Iglesia*. Caracas: Gumilla. 45-50.
- 6 Suma Teológica, parte I, cuestión 40, artículo 2.
- 7 Para explicar cómo lo personal desagua tanto en lo comunitario como en lo social, ver TRIGO ob.cit. 75-122, que incluye la cita a Ellacuría.
- 8 UCA, San Salvador.